

El pibe que arruinaba las fotos Hernán Casciari



Desde su más rolliza infancia, el gordito Casciari arruinaba las fotos. Todas las fotos. Con el tiempo las cosas cambiaron. Se había convertido en un adolescente que arruinaba, sin querer, los momentos importantes de su vida: amores juveniles, estudios, vidas ajenas y la salud de sus mayores. El clima de Mercedes, el agobio de la situación familiar y la necesidad de escapar, lo impulsaron a la búsqueda de sí mismo por el camino de la escritura, el único sitio donde todavía es posible inventarse un pasado mejor.

A Chiri

I

La desgracia llega en sobres papel madera

En la infancia yo siempre arruinaba las fotos. Todas las fotos. A los tres años empecé a desarrollar esta patología extraña, perversa, fruto de algún complejo o trauma no resuelto. No sé bien por qué lo hacía, pero no era capaz de evitarlo. Podría definirse como un *tic*, pero no lo era. Podía pensarse que se trataba de una gracia infantil, pero tampoco. Me pasó durante años y lo sufrí en silencio hasta hoy, que me atrevo a contarlo. Todavía me causa un poco de vergüenza hablar del tema.

Cada vez que veía a alguien a punto de hacerme una fotografía, individual o de grupo, casual o pautada, una fuerza más poderosa que cien caballos me obligaba a poner un determinado gesto histriónico. Siempre el mismo gesto, durante dolorosísimos años. En mi casa de Mercedes hay cantidad de fotos mías, que van desde que tengo uso de razón hasta el otoño en que el presidente Videla vino en persona al colegio y nos regaló una jaula gigante; en todas las fotos de esa época aparezco inmortalizado con esa cara de idiota. Burlándome del buen gusto; despreciando la posteridad de los álbumes familiares.

La mueca, técnicamente hablando, era un homenaje involuntario a cuatro celebridades de entonces. Un segundo antes del flash, yo inflaba las mejillas como el actor mexicano Carlos Villagrán, ponía la trompa como el cómico argentino José Marrone, y los ojos bizcos como la *vedette* Susana Giménez. A la vez,ladeaba un poco el cogote para la derecha, como el científico Stephen Hawking. El resultado era de un patetismo brutal.

Las primeras ocho o doce veces que lo hice me festejaron la gracia. Según mis estudios posteriores, comencé a desarrollar esta enfermedad en Mar del Plata, en el verano del setenta y cuatro. La primera foto que arruiné todavía existe, descolorida, en algún cajón de mi casa. En toda la serie de fotografías de aquellas vacaciones tengo ese gesto infame. Pero mis padres no captaron entonces la gravedad del suceso.

Al principio se reían, creyéndome un gordito extravagante. Con el tiempo le restaron importancia al asunto, con una frase que usaban mucho conmigo para casi cualquier cosa:

—Dejálo, quiere llamar la atención.

Sin embargo los años y las fotos se sucedían y yo no lograba quitarme esa mueca de la cara cada vez que oía el *clic* de una cámara. En la intimidad de mi habitación, y aún siendo muy niño para traumatizarme por algo, yo sabía que tenía un problema grave. Los demás, en cambio, seguían pensando que aquello era normal y pasajero.

Marcos, mi abuelo materno, fue el primero en darle importancia al asunto. Durante la Navidad del setenta y seis llamó a mi madre aparte y le dijo que yo era un pelotudo, que había que hacer algo con urgencia, que no podía ser que me burlase de toda la familia y le arruinara, sistemáticamente, las fotos de las Fiestas y las Pascuas, y que si alguien no me encarrilaba a tiempo, yo de grande iba a terminar muy mal: o muerto apuñalado en una zanja o, lo que es peor, dijo mi abuelo tocando madera, haciendo bolos en los programas de los hermanos Sofovich.

El regreso a casa en coche resultó ser la primera confrontación pública con mi enfermedad secreta. Mi madre, un poco cortada, me dijo que dejara de hacer morisquetas en las fotos. Me lo dijo con calma, pero dolorida por el sermón de su padre, al que respetaba mucho. Y sobre todo, me lo dijo como si esas muecas fuesen algo manejable pa-

ra mí, como si yo, realmente, pudiese controlar el problema. Me aconsejó dejar de hacerlo, y se quedó tranquila.

En marzo del setenta y siete comencé la escuela primaria. Yo ya no era un chico de jardín de infantes, ya no se me perdonaba todo: comenzaba a usar guardapolvo blanco, bléizer, e iba al colegio engominado. Ya sabía leer, y ya sabía escribir. A las dos semanas de clase nos sacaron a todos al patio para hacernos la típica foto de grupo. Las maestras me colocaron en la primera fila, a la izquierda de la pizarra negra que ponía *Escuela N° 1, Primer Grado B*. Juro que hice un esfuerzo sobrehumano para que no ocurriera la catástrofe, pero la mueca apareció, inmensa, justo en el momento del flash.

A la semana, en un sobre color madera, llegó la fotografía escolar a mi casa y las cosas empezaron a complicarse. Mi madre se desinfló en la cama grande, angustiada, y guardó la foto en un cajón en vez de ponerla en el álbum. No hablamos del tema nunca. Por fin todos sabíamos que yo padecía una enfermedad extraña, pero la familia no era capaz de afrontar el tema en la sobremesa.

Pasó todo ese año en puntas de pie. Yo intentaba no ponerme jamás delante de una cámara, y mi madre me quitaba de las reuniones y cumpleaños cuando llegaba el fotógrafo. Pero al siguiente marzo, cuando empecé segundo grado en un colegio distinto, los nuevos profesores (ignorantes de mi patología) me dieron otra vez posición de honor en la foto de grupo. *Segundo Grado, 1978. Escuela Normal Superior*, decía esta vez la pizarra. Y como el tiempo pasaba veloz, la foto ya era a colores, y mi mueca asquerosa apareció, entonces, tres veces más nítida y real.

Mi familia ya no sabía qué hacer conmigo. Con desconcierto le echaban la culpa a los muchos libros que yo ya empezaba a leer por las noches. En ese tiempo me gustaban Tom y Huck, los personajes de Mark Twain, más que cualquier otra cosa en la vida.

Una tarde de junio, meses después de la foto, mi madre se encontró con una señora en la mercería y, en medio de una charla de nuevas vecinas, ambas descubrieron que tenían hijos de la misma edad en la Escuela Normal Superior. La señora se acercó entonces al oído de mamá para hacerle una confidencia:

—Igual lo más probable es que al mío, el año que viene, lo cambie de colegio, porque mucho no me gusta la Escuela Normal.

—¿Por qué? —preguntó mi madre.

—Ay, es que ahí dejan matricularse a cualquiera —dijo la señora—. Hay dos chicos medio negritos, de la villa miseria, en la misma clase que nuestros hijos..., y para más inri también hay uno que, pobrecito, es retrasado. ¿Vos no viste la foto del gordito mogólico? Yo me fui a quejar enseguida... No puede ser que un chico te arruine una foto que es para siempre.

A mi madre se le llenaron los ojos de lágrimas, pero se mordió los labios.

—Por suerte a la semana les hicieron la foto de grupo otra vez —informó la vecina—, pero al retrasadito no le avisaron. ¿Vos tenés la segunda foto, no?

Yo estaba jugando con el *Segelin* cuando vi aparecer a mi madre como una tromba. Los ojos inyectados en sangre, las venas de la frente como fideos recién amasados... Sin embargo, en vez de golpearme se acercó a mí, se sentó en el sillón, me miró a los ojos como si yo fuese un criminal, o un pintor que le empapeló mal el comedor, y se puso a llorar sin consuelo. Me miraba y lloraba. Me volvía a mirar, y empezaba otra vez el llanto. Entre sollozos, me contó lo que había ocurrido en la mercería, y me dijo, en medio de unos pucheros asmáticos, que se sentía la madre más desdichada del mundo. Que tenía vergüenza de mí, que no podía creer que estuviera pasando todo eso, que se estaba secando de puro dolor. Jamás había visto a Chichita de ese modo. Nunca. Es preferible mil veces que tu madre te pe-

que con una chancleta hasta que se te levante la piel de la espalda, a verla llorar en serio, sin esperanzas, mientras te mira a los ojos.

Para mí aquello fue como una revelación. Un mensaje. Verla llorar fue el fin de mi trauma y de mis muecas. Supe, inmediatamente, que no volvería a arruinar una foto en la reputísima vida de Dios. Apreté los puños y me lo juré a mí mismo. «Se acabó Hernán —me dije—, tenés que ser un hombre, todavía no tenés ni ocho años y ya has dejado a tu mamá sin esperanzas; si seguís en este tren, antes de los quince sos Robledo Puch». Todo eso me dije, temblando por dentro como una hoja, y me prometí cumplir con la promesa aunque me costase un calambre facial.

Tres semanas después tuve la primera oportunidad de redimirme; fue en el Club Ateneo. Jugábamos nuestra primera final de básquet contra los chicos del Quilmes, en la categoría premini. Antes de cada final deportiva un fotógrafo viene y hace una foto de ambos equipos, que después es colgada en la pizarra de corcho de todos los clubes, y además la compran los padres y sale en los diarios locales. Era mi oportunidad: el destino me quería ayudar.

Aquella tarde yo llevaba el número cinco en la pechera, y mi musculosa celeste; fue la primera vez en la vida que recé un padrenuestro. Cuando el fotógrafo se acercó y nos pidió que nos apiñáramos, crispé la mandíbula y le pedí a Dios que, en su infinita sabiduría, me permitiera sonreír normalmente, como una gioconda basquetbolista, como Claudio Levrino en la tapa de la *Radiolandia*, como Él quisiera, pero más o menos parecido a un angelito decente. Respiré hondo, miré la cámara, levanté el mentón, y el flash me engegució de incertidumbre.

Jugué esa final con el corazón asustado, alegre por dentro de haber posado como una persona normal, pero no muy convencido de que me hubiese salido bien. Jugué un partido confuso, perdí varias pelotas, pero no recuerdo si salimos campeones o no; mi triunfo estaba en otra parte.

Mi gloria no era deportiva; era el triunfo de la dignidad y la voluntad del hombre. Estaba casi convencido de haberlo logrado.

A la semana vi la foto en la pizarra del club. Todo había salido perfecto. La mueca no había aparecido. La busqué con lupa, pero no estaba allí. La que vi era mi cara de siempre, mi cara del espejo, mi cara del reflejo de las vidrieras. Una leve sonrisa, la frente alta, la musculosa celeste, mis compañeros de juego escoltando mi normalidad. Fui, por un momento, el jugador de básquet más feliz del mundo.

En casa no dije nada. No quería vanagloriarme. Preferí esperar a que llamase a la puerta el mensajero con las fotos, y que mi madre recibiera la buena nueva sin condicionantes, sin promesas ni expectativas.

El sábado siguiente, temprano, yo todavía estaba en la cama. Sonó el timbre, mamá salió a atender, y escuché que le estaban entregando las fotos del Club, en el sobre papel madera de siempre. Chichita despidió al mensajero y se quedó en el pasillo, en silencio. Oí ruidos de papeles que se abrían. Y después silencio. Uno o dos minutos de silencio. Pensé: «Está bien que no me diga nada, que no me felicite ni me agradezca... Porque, bien pensado, no hice algo fuera de lo común, solo lo correcto, lo que debería haber hecho desde el principio... No, no merezco premios, no hay mejor recompensa que la serenidad del espíritu».

En medio de ese pensamiento, mamá entró a mi cuarto con un cinturón y empezó a sacudírmelo en la espalda como jamás en toda su vida. Chichita se había convertido en una madre ninja. Me pegaba con la mano libre, con el cinto, y me daba patadas con los pies; el ritmo era devastador. A causa de la sorpresa, no tuve tiempo para cubrirme. Me tapé con la manta y me dejé castigar en silencio. En la oscuridad de la cama, en medio de los golpes y los gritos de ella, no entendía qué estaba pasando. Cuando acabó, saqué tres cuartos de cabeza afuera y la vi: ella lloraba sentada en la punta de la cama.

Me miró con odio y rompió la foto del Club, y el sobre, en cuatro pedazos:

—¿Otra vez? —repetía, desesperada—. ¿Hasta cuándo? ¡Por el amor de Dios, Hernán! ¿Hasta cuándo vas a poner esas caras en las fotos?

Salió de mi cuarto y pegó un portazo seco. A mí me dolía todo el cuerpo y estaba temblando de pánico, pero tuve fuerzas para agacharme a levantar los pedazos de la foto del Club. La recompuse sobre las sábanas, con mucho cuidado, pero no vi nada nuevo. Era la foto que ya había visto en la pizarra: yo estaba sonriendo, con la frente alta, con mi musculosa celeste. Entonces supe la verdad. Aquella era la primera foto que veía mi madre con mi cara normal. También era la primera vez que yo mismo me veía en una foto sin mis muecas. Era el otoño en que el presidente Videla nos regaló la jaula gigante. Era sábado y yo pensé, por primera vez, en suicidarme para que mi madre escarmentara. Ese día entendí que la infancia no es una buena época de la vida. Por lo menos no para los chicos feos.

* * *

No era la primera vez que pensaba en la muerte. También fantaseaba con encerrarme a oscuras en el *rincón blanco*, con una manzana, y ver cuánto tardaba en morirme de hambre. Los chicos de siete, o de ocho años, nunca quieren suicidarse. Sueñan en realidad con la carta que van a dejar, con el llanto posterior de la madre, con ese remordimiento dulce. Le había pasado a Tom Sawyer. Le había pasado a Huck... Mark Twain me entendía mucho mejor que Chichita, pensaba yo mientras Chichita me seguía pegando bajo la manta. Mark Twain era un monstruo enorme, un viejo loco que sabía mejor que ningún adulto con qué fantasea un chico de diez años. Yo quería fingirme muerto para ver cuál era la reacción de mi familia. Mil veces había soña-

do con aquello. O perderme en una isla desierta junto a mi mejor amigo, el Chiri, y fumar los dos en pipa, y comer lo que se cayera de los árboles. Navegar en una balsa de madera con un negro loco. Encontrar un montón de monedas robadas y ser el héroe del pueblo. Conversar toda la noche de cosas graciosas, o de asuntos de miedo, con unos viejos barbudos llegados del mar. Odiar la escuela tanto como querer aprender todo de golpe, pero de otra forma. Y hasta quemar los libros de la escuela. A los once años yo no veía la hora de encontrarme con alguien que me hablara despacio, sin palizas, y con las palabras de los libros de Mark Twain. No sabía que aquella no era una jerga gloriosa de libertad, sino la resaca de las malas traducciones españolas. Pero en las charlas corrientes yo decía *la mar*, y también decía *pasta*, y de noche soñaba con el ruido del Mississippi, y envidiaba la suerte de los chicos que tenían a la vuelta de casa un río con tanta consonante doble —mi río Luján solo tenía cinco letras— y con tanto esclavo escapando de los campos de algodón.

Pero en mi infancia no había esclavos, ni niños que, como Huck, vivieran en la calle. En Mercedes había locos y mendigos, pero casi todos, cuando llegaba la noche, tenían un techo. Solamente la loca Raquel dormía a la intemperie, eso al menos había escuchado yo. Raquel, de todas formas, no era aventurera como el negro Jim, ni peligrosa como el Indio Joe; era más bien una excentricidad del barrio. De todos modos Chichita se ponía en alerta máxima —«¡Hernán, metéte para adentro!»— cuando la loca se acercaba demasiado.

Sus rarezas eran dos: iba vestida de maestra cuando no lo era, y se desvestía en la calle para ponerse el guardapolvo del colegio. Por lo demás, la Loca Raquel era inofensiva y mi madre solo me resguardaba por temor a que yo pudiera verla sin ropa. Me resguardó bastante mal, porque fue la primera mujer desnuda que vi en la vida.

La primera vez que la vi yo tenía cinco años y esperaba en la vereda a que Roberto sacara el coche del garaje para llevarme al Jardín. Hacía un frío con escarcha, pero Raquel se puso atrás de un árbol y se quitó el vestido por la cabeza, de un solo movimiento, como si fuera una tarde de verano. El momento fue intenso y memorable. Me quedé hipnotizado viéndole las tetas caídas, el matorral esponjoso, las estrías, los brazos blancos como la leche. Pero no fue la palidez del secreto lo que me impresionó.

—¡Hernán, metéte para adentro!

Yo miraba otra cosa en el cuerpo de la mujer cuando Chichita se acercó a la Loca y la espantó como si fuese un perro, es decir, diciendo tres o cuatro veces la palabra *juira* y haciendo ondular un repasador. Era otra cosa lo que me dejó boquiabierto. Más tarde, en el coche, Chichita me preguntó qué había visto y yo le dije que nada.

—Nada cómo.

—No vi nada, mamá.

Pero no era cierto. Yo había visto *algo* en la Loca Raquel. Lo único que me llamó la atención de su cuerpo, lo que sigue en mi memoria después de tantos años, fue la tremenda cicatriz de una cesárea que le partía la barriga en dos mitades.

Al rato escuché, sin querer, una conversación entre mis padres sobre la Loca Raquel. Chichita le decía a Roberto:

—La pobre mujer está así porque el marido la traicionó —y yo entendí que hablaban sobre aquella herida horrible. Y por eso, desde aquella mañana, la palabra *traición* significó, para mí, un tajo de cuchillo en el abdomen.

No era la primera vez que entendía mal las palabras. De chico yo tenía dos enormes desperfectos: uno era el problema de las muecas en las fotografías, y el otro era que me gustaba oír a los adultos cuando susurraban y sacar mis propias conclusiones. A raíz de esta mala mezcla siempre confundí todas las cosas. Me gustaba saltar al vacío de las definiciones sin saber si abajo había agua. Por inseguridad

supongo, pero también por orgullo, sospechaba significados rocamboleros y los daba por buenos. También creí, durante años, que el *orgasmo* era un pianito eléctrico que mi tía Luisa no había tenido nunca.

Estos errores, casi siempre, se desvanecían gracias a un sopapo no esperado. El problema de las palabras malentendidas no estaba en acuñar un falso significado, sino en utilizarlas en una frase cualquiera, días o meses más tarde. Por ejemplo, en la vidriera de una casa de música:

—¿Querés o no querés que te compre el acordeón a piano?

—No, mamá. Prefiero tener un orgasmo.

¡Zácate!

Y cuando no era una cachetada era todavía peor, porque entonces mi familia me confundía con un poeta temprano, con una especie de prodigio de las palabras:

—Decile a la abuela Chola que venga al comedor.

—No puede, está traicionando a un chancho.

Con el tiempo, la escuela primaria y los diccionarios Sopena me descubrieron el verdadero significado de algunas palabras complicadas. Pero en otros asuntos yo seguía siendo muy ingenuo. Los chicos curiosos somos desordenados en la prioridad de los descubrimientos. Es posible que conozcamos los nombres y la ubicación de todos los dientes, pero al mismo tiempo creamos en el ratón invisible que nos pone un billete bajo la almohada.

A los nueve años yo ya conocía algunas definiciones estafalarias pero, qué paradoja, aún no sabía que los Reyes Magos eran Roberto y Chichita. Sospechaba que había gato encerrado, un trasfondo secreto, pero no lograba entender qué era. Era imposible que tres personas subidas a tres camellos pudieran entregar miles de regalos al mismo tiempo en Mercedes, San Isidro y Mar del Plata (mis únicas ciudades conocidas), pero también eran imposibles muchas otras cuestiones.

Una cosa es comprender, por ejemplo, qué dice el diccionario sobre el vocablo *traición*, y otra cosa mucho más pedagógica es sentir cada letra en la nuca. Cuando Agustín Felli, en el recreo, me contó la verdad sobre los Reyes, sentí el peso multiplicado de la palabra. No me sentí traicionado una, sino siete veces. Mis padres me habían engañado año tras año, desde el setenta y tres a la fecha, como si yo fuese una paloma muerta que los caminantes pisan y pisan y pisan durante una marcha por los derechos del animal.

Si los Reyes no existían, ¿qué habían sido entonces aquellas noches en vela? Recuperé en mi cabeza imágenes felices que, de repente, se convertían en humillaciones del pasado: mi papá llevándome a la quinta a buscar pasto y agua, mi mamá fingiendo sorpresa al verme abrir un paquete que ella misma había envuelto, ambos diciendo haber oído las pisadas de los camellos; todos, absolutamente todos los veranos de enero habían sido una mentira.

La traición es un terremoto en los cimientos del pasado, una segunda versión de tu propia historia que desconocías y que alguien (el traidor) ha modificado para que sientas vergüenza y te conviertas en un imbécil en diferido. La traición nunca ocurre ahora, en el momento, sino antes. Las manchas del recuerdo en la alfombra son quienes te señalan la ofensa. Si no tuviéramos memoria nadie podría sernos infiel, ni desleal, ni traicionarnos.

Un chico que descubre la profundidad de la traición se queda, de golpe, solo en medio de una casa llena de juguetes sin pilas. Si los Reyes, que eran algo trascendental, no existen, entonces *puede* que no existan muchas otras cosas. La traición nunca viene sola: la escoltan, bravuconas y serviles, la sospecha y la incredulidad. ¿Seré adoptado? ¿Mi abuela también serán los padres? ¿Existe Mario Alberto Kempes, Dios, el carnicero Antonio, las milanesas con papas? ¿Cuánto más me han engañado y han reído a mis espaldas?